

Raros peinados

Carlos Rodrigues Gesualdi

Ilustraciones de Gustavo Roldán (h)

loqueleo

*a Sinéad,
a John Irving
y al barón de Münchhausen*

«Si te gustan las canciones de amor
y te gustan esos raros peinados nuevos...»

Charly García

Todos creen que su familia es especial. Yo también, pero mi familia **es** especial.

Es especial por muchas cosas: por la casa donde vivimos, las cosas que hacemos, el tiempo que pasamos juntos, nuestros nombres y nuestros raros peinados nuevos.

Y porque formamos parte de la Cofradía, que es como una gran familia de todas las familias como la nuestra.

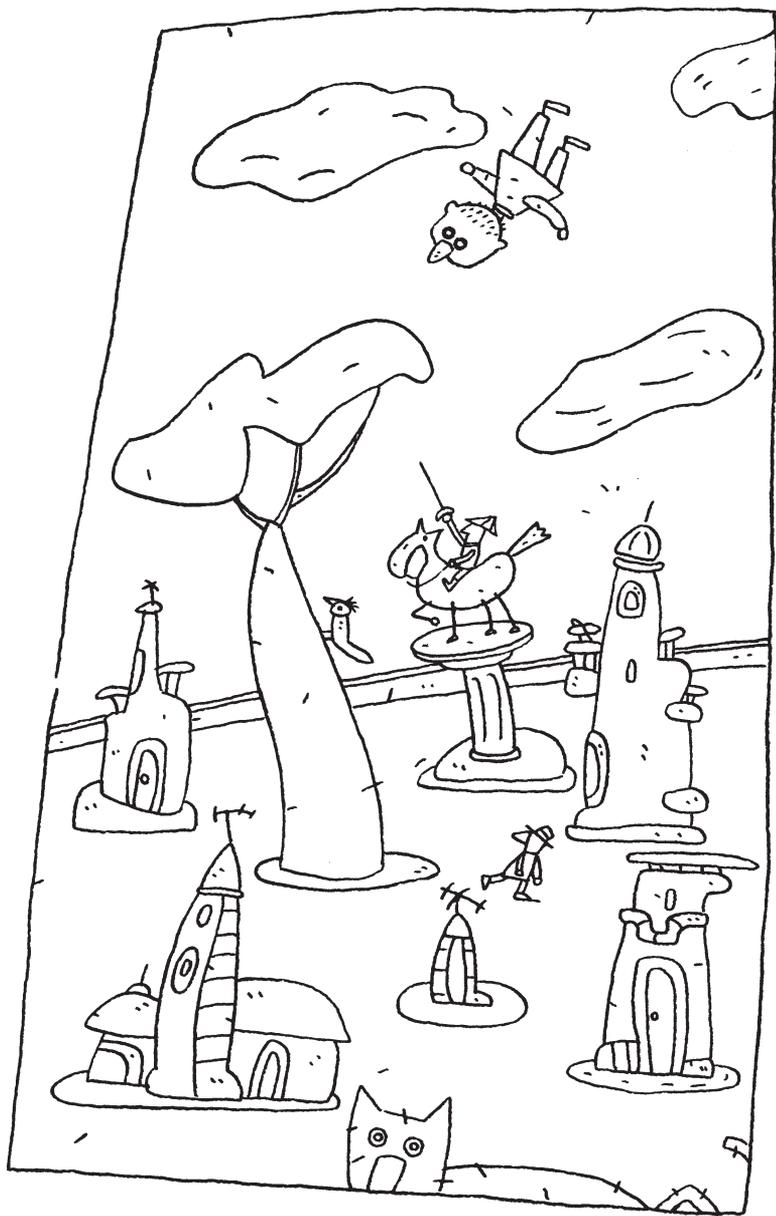
Pero hay algo más. Todos en la Cofradía nacemos con una capacidad diferente, cada uno puede hacer algo que la otra gente no puede hacer. Se trata de un poder que nos distingue de cualquier otra persona del mundo. Nosotros lo llamamos el **don**.

Aunque sólo usamos nuestro don cuando estamos en casa o cuando nadie nos ve. Entre la gente debemos fingir que somos personas normales. Es difícil, y mucho más si uno se enamora.

Es que la gente no acepta con facilidad que su vecino pueda hacerse invisible o que su compañero de escuela vuele. Incluso en otras épocas llegaron a perseguir mucho a la Cofradía. Nos pusieron en los cuentos para que nos tuvieran miedo; dijeron que éramos mujeres viejas, feas y eternamente vestidas de negro, que podían volar gracias a sus escobas y que regalaban manzanas envenenadas.

Pero lo que dicen de nosotros no es cierto. Yo no soy vieja y los chicos piensan que no soy fea. Claro que no me lo dicen, pero lo sé porque mi hermano Ahl les lee la mente. Y lo más importante: no necesito escobas para volar.

Porque ése es mi don, eso es lo que me distingue del resto. Puedo volar con sólo desearlo. Así como cualquiera puede pararse y caminar sin esfuerzo, yo puedo volar. Para bien y para mal, pero sin duda para siempre.



La historia que les voy a contar es una historia de amor, y me ocurrió a mí.

Yo soy Val, tengo doce años y, como les dije, puedo volar. Tal vez por eso tengo el pelo muy corto, para que no me moleste cuando vuelo. Es como si no tuviera pelo, de tan corto que lo tengo. Mi cabeza está cubierta de una ligera capa de pelos oscuros muy cortitos que apenas llegan a distinguirse. Pero no piensen que me queda mal. Mi hermano me ha dicho que los chicos me ven muy atractiva, que mis ojos grandes y oscuros les parecen muy lindos, que les gusta mi sonrisa y que casi no tener pelo me hace más interesante.

Pero no les gusto a todos. Hay chicos que me molestan aunque yo nunca les hice nada. Mamá dice que no les haga caso, que las personas comunes tienen miedo de lo que no comprenden, y como les enseñan que no deben tener miedo, atacan a cualquiera que sea distinto a ellos.

Yo puedo volar. No como los pájaros, porque no tengo alas, ni como ningún animal, porque no necesito moverme. Me basta con desear elevarme del suelo para salir volando. Tanto si estoy parada como sentada o acostada, puedo elevarme del piso a la altura que quiera, puedo llegar a las nubes o sólo quedarme a unos pocos centímetros del suelo, puedo volar muy despacio o tan rápidamente que nadie alcanza a verme.

No se imaginan lo agradable que es escuchar el viento entre las nubes, ver las plazas con árboles enanos y entrar a casa por la ventana. No saben lo maravilloso que es viajar a otro país en un instante, sobrevolar el desierto cuando tengo que dar una lección de Geografía o las pirámides de Egipto cuando tengo examen de Historia o volar a la escuela cuando estoy por llegar tarde.

Estoy enamorada, y de eso se trata esta historia que ahora empiezo a contarles, aunque también voy a contarles otras cosas.

Todo empezó en la escuela. A los miembros de la Cofradía nos gusta aprender y vamos a la escuela y a la universidad. Hasta mi hermano Max va a la escuela, aunque lo sabe todo. Es por eso que muchos de nuestros parientes han llegado a ser científicos o artistas famosos (yo no puedo decirles quiénes son, pero se van a dar cuenta solos si prestan atención a sus peinados porque ellos también, como todos en la Cofradía, usan raros peinados).

Como nos gusta mucho estudiar, buscamos escuelas donde se enseñe bien, porque queremos aprovechar el tiempo que perdemos fuera de casa.

Vamos a una escuela de la que cualquiera se sentiría orgulloso. Los profesores se dedican mucho a sus alumnos, a las tareas y a las clases; los chicos se interesan por los temas que estudian y leen por su cuenta otros libros además de los que sugiere el profesor; el edificio es grande y cálido, tiene un jardín con árboles, bancos de madera y ardillas, tiene salones amplios y olor a pino.

Pero nosotros tenemos un problema: hay chicos que dicen que estamos locos y nos tratan mal porque les molestan nuestros raros peinados.

Es que no sólo somos distintos a ellos sino que además lo parecemos, ya que los chicos de la escuela llevan el pelo muy corto y todas las chicas usan los mismos peinados: una o dos colas de caballo, o trenzas y el flequillo corto o sujeto por vinchas o hebillas. Al lado de ellos nos destacamos mucho, y parece molestar que nos destaquemos.

Pero gracias a esos chicos conocí a Zak.

En la escuela estamos tan acostumbrados a que nos molesten que si vemos un grupo de chicos demasiado ruidoso, nos acercamos corriendo para ver a cuál de nuestros hermanos debemos defender.

Esa tarde, en el segundo recreo, cuando corrí a ayudar a alguno de mis hermanos, encontré que

molestaban a un chico nuevo que estaba parado en medio de una ronda de chicos.

—¿Por qué usás el pelo así? ¿Estás disfrazado? —decía uno.

—El carnaval empieza mañana, no hoy —decía otro.

—¿No serás una mujer, que usás el pelo tan largo?

—¿Qué quiere decir esa remera? —dijo otro; leyó las letras rojas escritas en su remera negra—: ¿“Rolling Stones”? ¿Qué es eso?

Yo no sé si a ustedes les ha pasado alguna vez. Yo no necesité escucharlo hablar para saber que toda mi vida cambiaba en ese momento.

Habría salido a volar muy alto si hubiera podido, pero me quedé quieta, mirando al chico nuevo.

Cuando los otros se dieron cuenta de que yo había llegado, aprovecharon para burlarse también de mí.

—Miren, ahí está la bruja... Dentro de poco van a ser más ellos que nosotros —dijo uno.

—Se ve que los locos se juntan —dijo otro.

Pero mientras decían esas cosas se fueron alejando de a poco.

Es que nosotros sabíamos enfrentarlos.

No podíamos evitar que nos molestaran, pero les habíamos dado algunos sustos discretos y aunque eran incapaces de reconocer que nos tenían miedo, sabían que no les convenía molestarnos demasiado.